

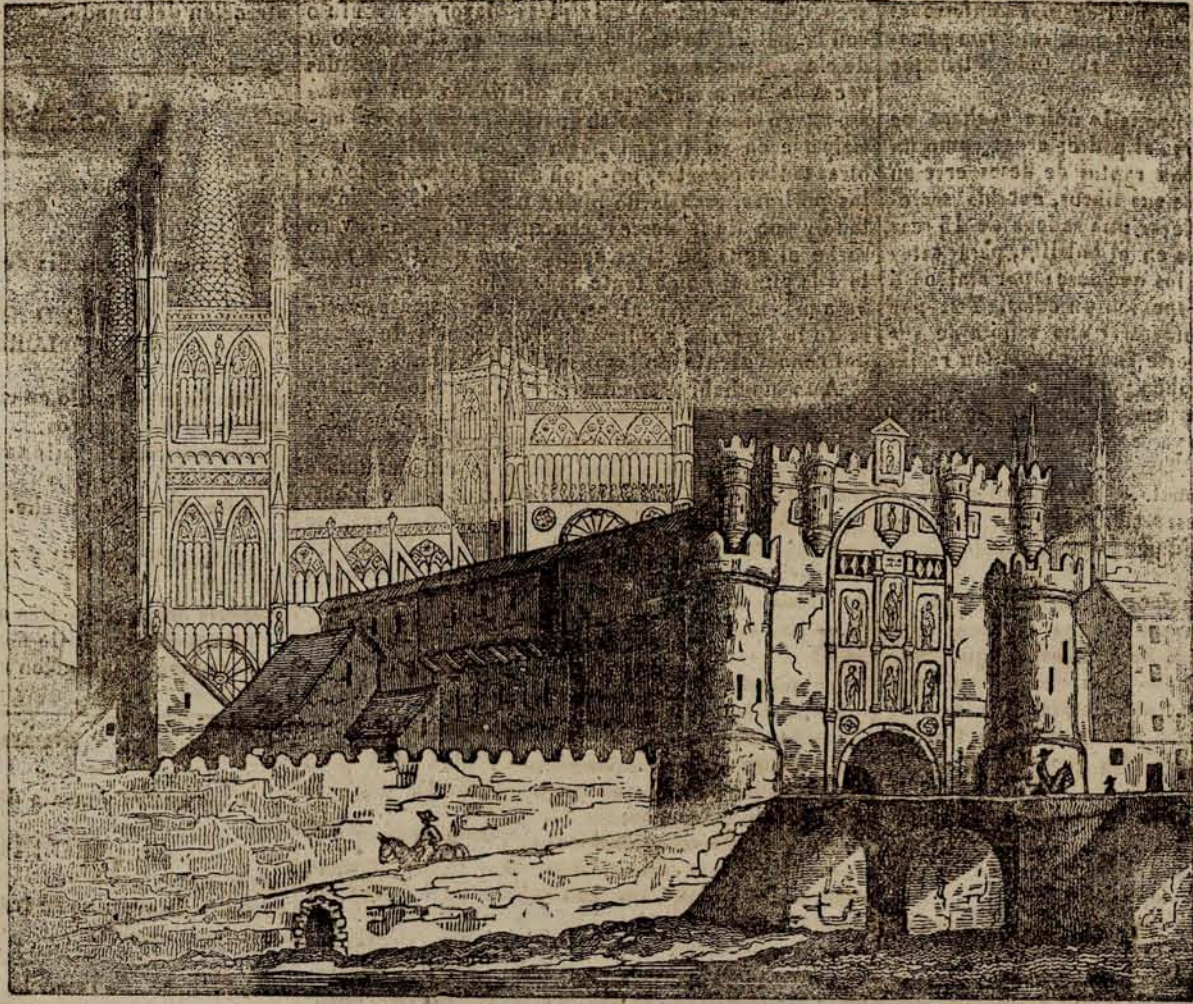
REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

SUM. 296.

MADRID 5 DE NOVIEMBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



JUAN QUE RIE Y JUAN QUE LLORA.

Así pasó otra semana entera. En la tarde del siguiente lunes, no habiendo todavía hecho en casa de Juan la visita de costumbre, recibí una carta de su madre, en que me rogaba encarecidamente que no dejase de ir, y me prometía dejarme entrar á ver á mi amigo. Volé á su casa: un criado me instó á que aguardase en el salón: al cabo de un momento entró la madre: secos estaban sus ojos á fuerza de haber derramado todas las lágrimas de su alma y se retrataba en su rostro un terrible desvario.

— Juan se muere sin remedio, me dijo en tono angustioso; mañana, esta tarde quizá me quedará sin hijo.... Venid, ya solo me queda una esperanza. ¡Dios os inspire y tenga lastima de mí!

— ¡Oh cielos! tartamudeé helado de estupor: ayer me disteis mil seguridades hablándome de su mejoría.

— ¡Ayer.... ayer! respondió llevando las dos manos á su frente como para ocultar una horrible idea. ¡Ayer estaba yo ciega y loca! Venid.

Pasamos al aposento de Juan. Era bastante espacioso, alto de techo, como es costumbre en el mediodía: el pavimento de baldosas, y al rededor de las paredes las sillas colocadas simétricamente.

Por cada una de las dos entre abiertas ventanas caían enfrente del lecho penetraba un rayo de sol, en que vagaban millares de átomos de fuego, y deslizaba hasta el cortinaje de la alcoba. En una

de las ventanas había un tiesto de flores, y en la otra una jaula donde gorgesaba un gilguero, al que Juan quería mucho.

Me acerqué á la cama de puntillas, cogí una silla y me senté; y como una de las manos del enfermo reposase sobre la vuelta de la sábana, la así dulcemente y la besé.

Juan que estaba aletargado se despertó.

(Continuará.)

EL LECHUGUINO POBRE.

¡Pobre asunto para sacarlo á plaza! mas al fin es un ente que forma un tipo esencialmente separado del resto de los hombres, y aunque en *pobre* prosa es preciso hacerlo: nace como todos los mortales del vientre de su madre, crece y vejeta como puede y muere, cuando se le acaba la vida.

Este tipo tiene, como todos, diferentes grados, que pueden comprenderse entre la miseria y la medianía; por lo tanto los hay dignos de toda la estension de este dictado, así como los mejor acomodados llevan malamente semejante nombre.

Elijo uno de los primeros á quien creo conocer y quisiera pintar; sigo su vida, y concluyo cuando termine el artículo.

Después que nace ve la luz del día ó de la noche, ó ninguna: mas no corresponde al rango de *pobre lechuguino* hasta que su existencia cuenta lo menos quince ó diez y seis navidades.

Entonces, y apenas siente que se le empuerca la cara con lo que llaman *bozo*, entonces que se va desarrollando el apego al sexo-bello, móvil irresistible de todas nuestras farsas mundanales, y metamorfosis exteriores, entonces, cuando la ambición del eterno más que todas buscamos, empieza á germinar entre pecho y espalda, y sube y se posesiona de su individuo, entonces es cuando nuestro héroe con vista espantada y fisonomía fruncida observa y examina los *figurines ambulantes* de la corte, estudia sus maneras, desea sus trages y galas, y termina comunmente sus días, durmiéndose al dulce alhago de un porvenir que no tocará.

Pasan así días y semanas: su negra suerte (porque la suerte también tiene colores) le vá mostrando que no le facilitarán recursos ni sus esperanzas ni sus cavilaciones: con tan ágría idea afila su ingenio, se aplica á todas las artes mecánicas á la vez, trabaja desaladamente con la no pequeña desventaja de carecer de útiles y herramientas, y no pocas veces se le contempla planchando su sombrero con la badila, limpiándose el calzado con saliva económica (es decir, la suya) agujereándole á merced de una *punta de París*, colocada en un trozo de estaca á manera de garrocha en lugar de lezna, dando sus puntos con hilos blancos ó encarnados, segun el color dominante de la época; otras se le vé convertido en sastre, usando la prosáica navaja á falta de tijeras, ó ya rizándose los cabellos con las tenazas, que desde la cocina está reclamando la sirvienta, si ya no es su hermana ó su mamá, ó bien requiriendo material para travillas á un sombrero *cesante* ó á unas botas jubiladas, que sombra suya no son.

En tales ocasiones es cuando goza el plenilunio de su clase: es en ellas otro hombre, que lleno de entusiasmo se mueve y revuelve, corre y se afana como solo puede hacerlo un artista con su obra querida.

Ya colocado á esta altura y satisfecha su primera pasion, se lanza al tumulto de las sociedades subalternas: procura animarse con las pocas personas que aparecen de mas valia, y no deja de conseguir correspondencia, porque su trato es fino, sus modales agradables y su porte elegante y comedido.

Nada mancha sus procederes ni su parsona, excepto la grasa de su levita y de su sombrero; y aun no ha perdido la cualidad de sincero y probo.

Mas corre el tiempo: ambiciona mejoras (cosa disculpable en un tiempo en que por quererlas todos estamos tan desmejorados, que llegamos á enfermos) ansia relaciones no ya con personas, sino con personajes, y llega por fin á sacrificarlo todo á trueque de figurar.

En semejante crisis, empeña la única cuchara de plata que la familia reserva al padre; acosa como un alano ya con ruegos, ya con raptos de desesperacion á la benigna mamá, vende sus libros, entabla secretas negociaciones para llevar una cadena de 16 reales por tener ocho reales en el bolsillo, para catequizarse obsequiándolos á los que desea por amigos ó por lo menos que le dispensen un adios. Y si por desgracia ha llegado á encontrar una señora de sus pensamientos, entnces este cuadro toma tan recios colores que acaso se perciben por los vecinos y cuestan sobradas lágrimas á sus allegados. Mas nunca pasa á criminal, porque ya cesaria de corresponder á tan benemérita clase.

Y pues que todo su conato, comprendemos que se reduce á una simple expresion: «figurar:» vamos tras él en un dia que readume los mas floridos de su vida.

Es el dia primero de pascua; la noche buena no ha sido para él tan pródiga que oponga el menor inconveniente á la asistencia de un convite á que doña Ursula le ha comprometido. Unas cuantas cucharadas de sopa de almendra, una ensalada de apio, y algun escrúpulo del medio besugo que un tio le regaló, son todas las municiones que existen en su parque estomacal.

Tan reducida racion es harto leve en sus años sin contar con la faena en que se vé hundido, para que á las ocho de la mañana conserve ni aun la memoria de la noche del 24 de diciembre.

No hay remedio: el dia reza gala con uniforme, un convite es tambien una solemne reunion: en casa de doña Ursula gozan algun desahogo, no falta lujo, la hija menor es una morena que mira á nuestro don Paquito al soslayo: cuántos agujones, cuantos objetos mas apremiantes que un acreedor comerciante, y que un casero viejo, no son estos para acosar á nuestro héroe á poner en juego todos sus recursos, en cambio de acudir elegante, estirado y compuesto.

En efecto, llama á su hermana y la dice: —Oye, Rosa, el sombrero viejo de papá creo que tiene mejor negro que el mio; tráemele.

—Pero te ha de estar muy grande, porque ya sabes que mamá está diciendo siempre que su esposo tiene tanta cabeza...

—No importa; yo le arreglaré.

—¿Y has olvidado que sirve para guardar las sedas de colores?

—Pues bien: mételas en el mio, y es lo mismo.

Hácese el cambio, cepilla el nuevo sombrero, le moja todo para que tome un brillo que ya habia perdido: rellena el interior de Diarios de Avisos, Heraldos, Castellanos, Ecos del Comercio y tantos otros, formando una verdadera coaliccion, aunque pacifica, y todo ello por rellenar aquella parte delantera, que mirada de perfil parece quedar al aire, porque en verdad cabian dos cabezas, donde solo pensaba colocar una.

Acasado ya el sombrero, y aplanada el ala por imitar los mas modernos, dedícase á coser sus travillas; pasa despues á raspar el cuello y mangas de la levita; fregándolas de paso con agua de orégano hirviente: repasa sus guantes, los limpia con una miga de pan, y lustra sus botas con un poco de vinagre.

Comienza seguidamente su vestido: colócase su corbata, con estudio no por llevarla con mayor elegancia, sino por encubrir con los pliegues mejores, los mas deteriorados y palidos; cierra su chaleco hasta mas grande altura de la que su corte permite,

con el auxilio de un alfiler, átese la levita interiormente á la cintura por forzarla á ceder en su empeño de desviarse del airoso talle de su amo, desenvuelve sus cabellos, prisioneros toda la noche de un pañuelo colocado con estudio, y se cala su sombrero.

Con tan brillante equipaje, se lanza á la calle, cruza airoso, y tocando apenas con su roto y remendado calzado los glutinosos lodos en que las calles rebosan, llega á las platerias, sigue la calle de la Amargura (que siempre hay pronósticos para la desgracia): cada vidriera de tienda es para él un espejo, cada charco un apuro, cada tropezon una fatalidad; se niega de la afluencia de gentes, y aun le parecen estrechas las aceras. Colocado ya en el arco que da entrada á la plaza Mayor, y confuso con la griteria de tantos vendedores y el dulce coro de cien manadas de pavos unido á las desbordadas voces de un arriero que va dirigiendo sus recuas asoma en cinco tiempos sus narices, cree deber anticiparse en su travesia, esta da cinco saltos, hace otras tantas piruetas, mas, ¡oh dolor! se confunde con los pollinos, resbala un pie en un charco, salpicase todo y por fin le deseca con su zapato, que avaro sorbe el agua por la estupenda boea que tiene junto á la punta; no obstante nada notó, porque un soberano empuje que al propio tiempo siente, vacilante le fuerza á acudir á su sombrero y le priva del conocimiento de las demas desdichas.

Aun no habia terminado el denuesto primero cuando una salva de carcajadas, entre las que se oyó exclamar «es don Paquito» le avergonzó tan de cierto que corrió á escabullirse entre la muchedumbre que rodaba en los portales; allí se serenó, se contempló y aseó cuanto pudo, y al enderezar su cabeza, se topa con don Eugenio Melendez, á quien conoció en una tertulia de café. Está don Eugenio cesante, y comienza su conversacion con la de sus cuitas.

—¿No sabe Vd., don Paquito, que estoy sin empleo?

—¿Cómo?

—Ah! ha sido una grande injusticia!

—¡Yo creo.

—Ahora ando en pretensiones y pido bien poco atendidos los méritos que tengo contraidos desde la guerra de la independenciam.

—¿Y en que ministerio está la solicitud de Vd.?

—En el de la Gobernacion. Hoy tengo algunas esperanzas porque me han ofrecido un empeño para el oficial de la mesa.

—¿Qué tontería! yo conozco al ministro, todos los dias vá á casa, y no hace muchos que queria forzar-me á ser secretario de una gefatura: vea Vd., cuando yo no quiero depender del gobierno ni pienso jamas en trabajar para otros.

—Sí... seguramente... ya... es verdad, decia don Eusebio, cortado y cediéndole la derecha: mas restableciéndose al poco tiempo... Me haria Vd. un favor grandísimo si Vd. se incomodase en molestarse en tomarse la inconvencia de recomendar mi solicitud.

—Si señor; con mucho gusto... y...

Aquí llegaba, cuando distraido con la aproximacion de un grave personaje, en cuyo pecho brillaban dos placas, y á quien todos miraban, preguntó con el candor de la ignorancia á don Eusebio:

—¿Quién es ese?

—¡Toma! repuso el último riendo descomunalmemente y mofándose; su amigo de Vd.: el que queria forzarle, el ministro de la Gobernacion.

Esta fatalidad le aisló segunda vez, dejándole no poco confuso y pesaroso. Pero nuestro jóven volvió pronto en acuerdo, y dándose importancia siguió contoneándose su paseo en la galeria.

No bien caminaba algunos pasos, hno de detenerse á presenciar la contienda de una desenfadada confitera con un marchante escrupuloso. Este queria que le devolviese el importe de dos onzas de anises que decia no tenian mas sabor que de almidon. La confitera, amostazada con semejante injuria, le volvia insolencia por denuesto y desvergüenza por insulto. Iban algunos curiosos á transigir la contienda, cuando adelantándose don Paquito, rozagante y erguido: «Ea, señores, haya paz, y no déu Vds. un escándalo tan...»

No pudo concluir la frase; el marchante le dió un fuerte empujon, mientras la confitera pirada, le decia: «oiga V., Señor lechugino sin camisa, ¿quién

le mete á V. en donde no le llaman? Só pelele cara de vinagre, que no habrá almorzado y viene á tratar de dulces.

Señora, dijo colérico don Paquito, V. una deslenguada, y debiera Vd. mirar que está hablando con todo un caballero.

No trató de hacerlo segunda vez la intrépida vendedora, porque ahorrando palabras asió de una pesa de dos libras y se la mandó con tan feliz acierto al cerebro, que á no ser por la vanguardia de periódicos que suplían su falta de cabeza, le hiere. Mas semejante parapeto no le libró de que un crecido puñado de dulces, almendras y papeles, unos limpios y otros impregnados de azúcares y miel, se le fijasen al disparo, como dizque la luna se fijó en la esfera de atraccion del mundo.

(Continuará.)

TEATROS.

Cruz.

A las cuatro y media de la tarde.

PEDRO EL NEGRO O LOS BANDIDOS DE LA LORENA,

drama de espectáculo en cinco actos, dividido el segundo en dos cuadros.

Terminará con baile nacional.

A las ocho de la noche.

EL PRIMO Y EL RELICARIO,

comedia original en tres actos.

Intermedio de baile nacional.

Terminando la funcion con un divertido sainete.

Príncipe.

A las cuatro y media de la tarde.

EL HEROE POR FUERZA,

comedia de gracioso en tres actos.

Baile y sainete.

A las ocho de la noche.

FINEZAS CONTRA DESVIOS.

Terceto de *La Encantadora*; y terminará el espectáculo con un divertido sainete.

Circo.

A las siete y media de la noche.

NORMA,

ópera seria en dos actos.

Tres Musas.

A las cuatro de la tarde.

LA HUERFANA DE BRUSELAS,

ó el abate *L'Épée* y el *Asesino*,²

comedia de espectáculo en tres actos.

Intermedio de baile; terminando la funcion con un divertido sainete.

NOTA. Las localidades tienen rebajado un real por asiento excepto en las gradas y entradas en las funciones de la tarde.

A las siete y media de la noche.

LA MAGDALENA,

drama nuevo en cinco actos.

Intermedio de baile; terminando la funcion con un divertido sainete.

Teatro de variedades.

Hoy domingo habrá dos funciones, una á las cuatro de la tarde, y otra á las siete de la noche.

IMPRESA DE BOIX.